

Provocar—esto lo hace, con mejor suerte y en la plástica, Claus Oldenburg—*extrañeza por desproporción*. En «Ego» la celebración del yo estriba en un sencillo recurso: el yo implícitamente se hace codimensional de lo vasto. El yo no es el yo: es una relación—símil—que lo extiende. «Yo me parezco al Mar. Mi cabellera / como un tumulto de olas se levanta. / La fuerte voz del Mar, sonora i fiera, / se parece a la voz de mi garganta» (PI, 15). La codimensionalidad, como si no bastara, es luego alterada a favor del yo. En «El mar» «siente desconcertante i loca / ansia de colocar en su sortija / el Mar, a modo de esmeralda» (PI, 106-107). 3) Un ansia de ubicación, implícita en el vínculo y el desajuste indicados, que en última instancia se da como esfuerzo por inventar o regresar a la madre.

El yo arriesga su rigidez dentro de una pluralidad concebida variablemente como contorno o límite. «Intima» exterioriza torpemente—por carencia expresiva y por horror a la exteriorización en sí—su estado conflictivo y la intensidad de su desolación. Ama la vida, pero siente deseos de morir; ríe siempre, pero ya sabe sentir (que es sinónimo de tristeza); marcha hacia la *conquista del porvenir*, pero es absolutamente nostálgico. En contraste a la belicosa actitud que muestra, y *demuestra*, ante el público—la actitud como ritual—, una f(r)ase de alteridad: «comprendo a los tristes porque ya sé sentir» (PI, 23). Lo he querido insinuar: estas frases aisladas, antitéticas, son primeramente, en un contexto, desfase, y luego, ya como contexto, fase.

En el poema final de «La religión del yo», «Autobiografía», concurren los motivos señalados. Complementando el «Autorretrato», confiesa la patética agresividad, las poses, el carácter apasionado, ajeno al término medio, el egoísmo y el desprecio por la muchedumbre, desprecio luego negado con insistencia. La confianza más importante precede/aclara a las demás:

*El solar de mis padres desde mi nacimiento
fue solar de ilusiones, de luz i de contento;
pero la muerte quiso truncar esa alegría
i por aquel capricho mi casa está vacía.
Desde entonces estoy solo. No hago alardes
ni ruido.
Soy un pájaro huérfano que no encuentra su nido.*

(p. 28)

Ilusiones, luz y contento (palabra clave en Whitman) se truecan en muerte, vacío y soledad. El trastorno, súbito, violento, explica la agresividad y su contrapartida: la búsqueda del centro. En «Del jardín de mis deseos» hay tres referencias a la añorada resolución de la orfandad. Las tres—mansión, mujer/hijos, casona alegre—aluden a ese centro. Es imposible no llegar a una conclusión: violencia y ternura son *lados*. Como los poemas de *Descripción del cielo*, se trata de un

yo de varios lados. Elemento integral (reverso) del gesto demoledor, el deseo de inventar poemas simplistas o construir poemas de varios lados (morada) y así regresar a un paraíso perdido por sabotaje. La palabra: una posible recuperación de la madre. Palabra órfica. Con los años se repetirá la búsqueda. El poema como nudo, placenta. «Edificio simplista», «Regreso a la madre», «Poema apenas descriptivo del ángel», «Domicilio», «Otra vez la casa». Los títulos mismos insinúan la relación entre el afán constructivista—la construcción como tema tanto como la construcción como estilo—y la inicial desposesión del yo.

En 1918, con *Las voces de colores*, se hace más explícito el causalismo del yo como desproporción, como gesto y máscara, como *kitsch*. La orfandad y el consecuente patetismo, que arrastran hacia un narcisismo que en el fondo parece más bien un sadomasoquismo y hacia posturas folletinescas que revelan, como contraste, el sueño edipiano, son radicales, decisivos. De esa experiencia de la nulidad y de la anulación, de la caída de un hueco en un vacío, se desprende el resentimiento a lo objetivo, lo exterior, aquello que *por ocupar determinado espacio* limita el desplazamiento del yo o, peor, amenaza traspasarlo. Este resentimiento, oblicuamente, se refleja en la imagen inicial de «La noche»: «Había tanto sol que el universo / era un charco de luz, de sur a norte» (8). El universo como *charco de luz*. La hipérbole, una antítesis del *charco de culpa* que, según Vallejo —«Los heraldos negros», también recogido en libro en 1918—, hay en la mirada del hombre. La orfandad, en Vallejo, implica culpabilidad, pecado; en Hidalgo la orfandad es injusticia, agresión. La culpa no está en la mirada, sino en lo mirado. Hidalgo y Vallejo, convergencia y divergencia.

Es así cómo—y por qué—se empieza a crear la dualidad yo/yomismo: el mundo es desamparo, sordidez; la primera persona es el único asilo del yo. El mundo, la realidad, son *hielo helado, frío frío*.

*Hay mucho sol, pero se siente helado
el silencioso ambiente de la tarde...
El alma del poeta, en un alarde
de introversión, se inmerge, grado a grado.*

*Súbitamente su deseo airado
oculta un macho que en instintos arde,
y se cree el gañán todo un cobarde
para violar la tierra con su arado.*

*Las cosas mismas tienen frío; todo
parece congelado, y, a su modo,
cuenta sus penas a la orilla el río.*

(8) *Las voces de colores*, Talleres tipográficos de Armando Quiroz Perea, Arequipa, 1918, página 69. En lo sucesivo se empleará la siguiente sigla en las citas: Vc.

*Allá, un volcán estremecer se siente,
y su cumbre tiritita, de repente,
cual si el hielo también tuviera frío!*

(Vc, 45-46.)

Parálisis. El poco disimulado sueño edipiano, con primitivo simbolismo fálico, se da como *alarde de introversión*. Parálisis y paralelismo. La segunda estrofa de «La conquista de la sierra», en contraste con la segunda estrofa del poema citado, parece un *alarde de extroversión*, sólo que a nivel de pensamiento, es decir, de abstracción. «Un volcán que se yergue como puño crispado / proyecta sobre el suelo su sombra. Muge un toro. / Y en la sierra bravía, que es un sexo inviolado, / como un pene se clava mi pensamiento de oro» (Vc, 183). Parálisis en el símbolo y paralelismo antitético en la estructura. En un caso, el macho (gañán) de los primeros dos versos *se cree cobarde*—en los dos versos restantes—para violar la tierra con su arado; en otro, el toro (yo) de los primeros dos versos *clava su pensamiento de oro* en los dos versos restantes. La violencia, el simbolismo, todo el argumento denotativo: puño, clava, toro, pene, no rebasan el marco, la parálisis. Sólo se *clava* en la realidad, para emplear su término, como abstracción, como símbolo, casi como irrealidad. El yo, en actividad, como ángulo recto. Yo de dos lados que convergen, uno desde la realidad y otro desde la irrealidad. Aunque luego, en su parábola idealizada, su sombra se junte con la sombra de un volcán, *él es menos* y por eso insiste *que es más*. El volcán, en esta primera poesía, como posible símbolo del yo en erupción. Un yo idealizado, una genealogía idealizada, que, él se da cuenta, muestran su insuficiencia en el (pánico al) contacto con lo concreto irreducible de la realidad.

El propio yo, precisamente por ser un yo idealizado, a veces resulta insuficiente asilo. Atraviesa, como se desprende del título y los folletinescos versos de «Metamorfosis», una difícil etapa de cambios artificiales, imposturas. Caída de hueco en vacío, el yo como impostura y como imposición.

*Hoy finjo ser un noble y armado caballero
y pienso, en mil combates, darle lustre a mi acero,
y así, lleno de gloria, rendiroslo después;*

*o me imagino a ratos un domador de fieras
que aristocratizase sus rituales maneras
para caer de hinojos a vuestros nobles pies.*

(Vc, 144.)

Versos estrictamente para *álbum de señorita* que hoy sólo cabrían en la mirada *kitsch* o *camp*, pero reveladores de que la inautenticidad era funcional y que *no debía engañar a nadie* este manierismo del yo,

y menos a los críticos que han podido revisar y analizar no sólo *lo obvio*, sino el dinamismo (y el reverso) de lo obvio en el conjunto de la obra. Porque obvio es que ya al iniciar su trayectoria, entre *Arenga lírica al Emperador de Alemania* y *Las voces de colores*, el yo reconoce su insuficiencia y la necesidad de trascender sobre todo el propio yo: «yo quisiera ser otro, porque tengo la fiebre / terrible del más allá» (*Vc*, 168). Más allá, más lejos de lo lejos: términos claves, aunque de diferente implicación, en la poesía de Hidalgo y Vallejo. El querer ser otro —Rimbaud no quería ser otro: era otro— es, como lenguaje, un querer decir. Querer ser/querer decir: pero ni era ni decía. Querer ser otro: lo que quiere decir el yo, sólo que quiere decirlo precisamente con lo que le falta, con lo que quiere ser. Este querer ser otro —no yo, sino yomismo— desencadenará una búsqueda de aquello capaz de relacionarlo con la otredad, con su propia otredad. Se inventará así el mito del yo, estado de mediación entre el personaje y la persona, entre lo que está afuera (yomismo) estando adentro (yo), entre el más allá y el más acá del yo mismo. La primera persona parece dispuesta ya a descubrir y asumir la segunda persona. Luego se repetirá el crecimiento con la *experiencia de la tercera persona* y con la *experiencia de la persona plural*. El yo no es el yo: cada parte es una totalidad mayor que el yo mismo.



OCTAVIO ARMAND

40-40 Hampton Street,
Elmhurst, N. Y. 11373,
ESTADOS UNIDOS.